

## CAPÍTULO XII.

1799.

## LA MUERTE DE WASHINGTON.

Washington en Monte Vernon.—Su interés por los asuntos públicos.—Su enfermedad y causas que la motivaron.—Se agrava en la noche del 13 de diciembre.—Vanos esfuerzos de los médicos para restablecer su salud.—Muere en la noche del 14 de diciembre.—Discurso conmovedor de Marshall en la Cámara.—Disposiciones adoptadas por el Congreso.—Funerales.—Discurso del general Lee.—Luto general.—Tributos á la memoria de Washington.—Notable biografía por Mr. Enrique T. Tucherman.—Carácter y carrera de Washington.—Biografía por Marshall.—Apuntes de un periódico inglés acerca de Washington publicados en enero de 1800.—Estracto de la oracion fúnebre pronunciada por el Dr. Mason.

Después de haber terminado todos los preparativos para el caso de una invasión de los franceses, cumpliendo con todas las atenciones que le imponían su cargo de general en jefe, Washington se retiró á Monte Vernon, donde pasaba los días, ya ocupado en los trabajos agrícolas, ó en recibir las numerosas visitas á que no podía negarse. En medio de sus quehaceres no perdía de vista la marcha de los acontecimientos y estaba preparado para resistir como sus compatriotas la agresión de Francia, pues á su juicio, después de los ultrajes é insultos inferidos por aquella nación, el Gobierno no podría menos de insistir en entablar negociaciones á fin de arreglar las diferencias entre ambos países, y aunque es de presumir que desaprobaba la política de Mr. Adams, respecto á enviar una tercera embajada, no quiso tomar una parte activa en la discusión hasta ver cuál sería el resultado de la medida adoptada por el Gobierno americano. Ya hemos hablado en otro

capítulo de su opinión acerca de la invasión francesa, y hemos visto también que no se desmintió su pronóstico. Los franceses no habían pensado nunca seriamente en empeñar la guerra, y una vez conseguido su objeto, que era inducir á Mr. Adams á que enviase una nueva embajada, no dudaron que conseguirían el resultado apetecido. Los ministros americanos marcharon en noviembre de 1799 á desempeñar la misión que les confiara su Gobierno; y Washington esperaba ansioso el término de las negociaciones. La Providencia había dispuesto sin embargo que no se cumplieran los deseos del padre de la patria; Washington no debía ver la celebración de la paz, que era una de las cosas que más deseaba, siempre que pudiera llevarse á efecto en términos honrosos, y aunque preparado para la lucha, ignoraba que un enemigo mucho más formidable que aquel que combatiera en la guerra revolucionaria, iba á desembarcar en nuestras costas y á sembrar en ellas el luto y la desolación;

no sabía que era llegada la hora de dejar á un lado sus armas, porque había llegado al término de su existencia.

El jueves, 12 de diciembre, había salido Washington á caballo á fin de dar varias instrucciones respecto al mejoramiento de sus tierras, y como quiera que el tiempo estuviera lluvioso, Washington se mojó bastante al dirigirse á su casa, de tal modo, que su ropa se empapó en agua y la nieve cubrió su cabeza. Washington no hizo aprecio de esto, y al día siguiente volvió á salir á pesar de que nevaba mucho, mas la aspereza que sintió al poco tiempo en la garganta y una violenta tos, le convencieron de que se había constipado, si bien no pudo creer que de ello resultara ninguna grave consecuencia, y por lo tanto pasó la tarde con su familia, retirándose á la hora de costumbre.

Por la noche, sintióse Washington peor repentinamente á causa de una inflamación de la traquea, acompañada de una aguda fiebre, dolores en la garganta y dificultad en la respiración, y entonces á petición suya, un cirujano le hizo una sangría, mas no quiso que se enviara á llamar al médico hasta el día siguiente.

A eso de las once de la mañana del sábado, 14, llegó de Alejandría el Dr. Craik, y alarmado al ver los síntomas que se notaban en su ilustre enfermo, pidió que se le permitiera consultar con los médicos Dr. Brown y Dr. Dick, que vivían cerca de Monte Vernon. Empleáronse varios remedios, y los médicos agotaron toda su ciencia, pero inútilmente, pues los padecimientos de Washington iban agravándose por instantes, y era evidente que no podía resistir la fuerza del ataque.

Desde los primeros momentos, convencióse Washington de que aquella era su última enfermedad, y si se sometió á las prescripciones de los médicos, fué más bien porque

se creía en el deber de hacerlo, que porque esperara restablecerse. Llegada la noche, Washington se desnudó y se fué á la cama, y haciendo un esfuerzo para hablar, dijo al doctor Craik que sostenía su cabeza: «Conozco que es llegada mi última hora, doctor, pero no temo morir; no tardaré mucho en exhalar el último aliento.» Aunque le costaba harto trabajo hablar, dió gracias á los médicos por sus bondades, y pidió que le dejaran morir tranquilo. No quedaba pues nada que hacer, y la atribulada familia y amigos del ilustre enfermo esperaron la hora fatal poseídos de una angustia desgarradora. Al fin, entre las diez y las once de la noche espiró Washington, á los sesenta y ocho años de edad, sin haber perdido un solo momento sus facultades intelectuales. En aquella breve pero dolorosa enfermedad dió pruebas de su paciente resignación, y no dudamos, á juzgar por su ejemplar conducta, que en los últimos momentos le sostenía la fé y la esperanza del cristiano que baja á la tumba confiando en la resurrección el día del juicio final (\*).

El miércoles, 18 de diciembre, los restos mortales de Washington fueron depositados en la tumba de la familia con todas las ceremonias religiosas, habiendo acompañado el entierro una multitud de entristecidos ciudadanos y las compañías militares de los alrededores.

De este modo murió Jorge Washington, á

(\*) En la obra de Sparks se encontrarán interesantes detalles acerca de la última enfermedad y de la muerte y funerales de Washington. Véase la *Vida de Washington*, págs. 531-38. Por lo que hace á los sentimientos religiosos é ideas de aquel gran hombre, no puede dudarse de que era un sincero y ejemplar cristiano. Sabemos sin embargo que Mr. Jefferson en su *Anas* (vol. ix, pág. 198) ha calumniado á Washington, poniendo como testimonio al gobernador Morris de que el padre de la patria era tan mal cristiano como el mismo Jefferson. Véase la *Vida de Washington* por Sparks, págs. 518-525.



una edad avanzada, y sereno y tranquilo como debe morir un buen cristiano. Había cumplido su misión en el mundo; en él obtuvo cuantos honores era dable alcanzar; nada le restaba ya que hacer sino morir como había vivido, y él había sido á no dudarlo uno de los mas nobles, mas rectos, mas valerosos y ardientes patriotas y eminentes hombres de Estado con que podia habernos favorecido el Todopoderoso. Solo faltaba su muerte para que su fama fuese imperecedera, allí donde ha reflejado sus esplendentes rayos la civilización cristiana.

El Congreso acababa de dar principio á sus sesiones cuando llegó á Philadelphia la triste nueva, y tan corta habia sido la enfermedad de Washington que la noticia de su muerte precedió á la de su indisposición. Tan pronto como la Cámara tuvo conocimiento del hecho, presentóse una proposición para suspender las sesiones, y á la mañana siguiente, 19 de diciembre, Juan Marshall, el íntimo amigo del ilustre finado, levantóse y dirigió al Presidente el elocuente discurso que sigue:

«La triste noticia que se anunció ayer en la Cámara, es por desgracia demasiado cierta: ¡nuestro querido Washington ha dejado de existir! El héroe, el esclarecido patriota, el sabio eminente, el hombre á quien se dirigian todas las miradas en momentos de peligro, y en quien se depositaban todas las esperanzas, no es ahora mas que un recuerdo para nosotros y para este pueblo afligido.

»Aun cuando no fuera costumbre dar una prueba de respeto á la memoria de aquellos á quienes la Providencia eligió como sus instrumentos para dispensar sus favores á la humanidad, tal era el valor personal y los extraordinarios servicios que prestó á su patria aquel cuya pérdida deploramos, que toda la nación americana, á no dudarlo, impe-

lida por los mismos sentimientos, hubiera pedido con una sola voz, que se diera á conocer por medio de una manifestación pública cuan general y profundo es el sentimiento por la pérdida que acaba de experimentar.

»El ilustre difunto, mas que ningun otro hombre, contribuyó á fundar este vasto imperio, dando al mundo Occidental independencia y libertad.

»Después de haber conseguido el gran objeto que se proponia, á la cabeza de nuestros ejércitos, le hemos visto cambiar el acero por la azada, convirtiéndose de soldado en simple ciudadano.

»Cuando iba debilitándose nuestro sistema federal de una manera manifiesta, y cuando comenzaban á disolverse los lazos que unian este continente tan vasto, le vimos ponerse á la cabeza de aquellos patriotas que formaron para nosotros una Constitución por la cual podrán en mi concepto perpetuarse las ventajas y beneficios que la Revolución comenzó á prometernos.

»Obedeciendo al ruego de su patria, que le llamaba para presidir á un gran pueblo, le vimos abandonar de nuevo su retiro en una época mas tempestuosa que la que podria ofrecernos la guerra, y proseguir con calma y serenidad velando por los verdaderos intereses de la nación, mientras contribuia mas que ningun otro á establecer ese sistema de política, con el cual segun espero, se conservará la paz y la independencia de nuestro país.

»Después de habersele elegido por unanimidad para que rigiera los destinos de un pueblo libre, le hemos visto por fin renunciar á la vida pública, cuando su reelección era segura, para entregarse á las tranquilas ocupaciones del hogar doméstico, dando con esto al mundo un raro ejemplo de su moderación.

»En vista de todo esto, señor Presidente, paguemos el último tributo de respeto y cariñoso afecto á nuestro difunto amigo, y que el gran Consejo de la nación dé tambien una prueba de ese sentimiento que experimentado el país. Con este objeto, he redactado algunos acuerdos que me tomo la libertad de proponer á la Cámara.

»Acordamos que esta Cámara vaya á dar el pésame al Presidente por tan doloroso acontecimiento.

»Acordamos que se cubra con un crespon negro la silla presidencial, y que los miembros de la Cámara vistan de luto durante la legislatura.

»Acordamos nombrar un comité, que en unión con otro del Senado, informe acerca de las medidas mas convenientes para honrar la memoria del HOMBRE que fué el primero en la guerra, el primero en la paz, y el mas querido de sus conciudadanos.»

El Senado de los Estados-Unidos, dirigió al Presidente en 23 de diciembre una carta concebida en estos términos:

«El Senado de los Estados-Unidos, señor Presidente, se toma la libertad de manifestaros su profundo sentimiento por la irreparable pérdida que acaba de experimentar con la muerte del General JORGE WASHINGTON.

»Este acontecimiento, tan doloroso para todo el país, debe serlo particularmente para vos, que tanto tiempo estuvisteis unido por los lazos de la amistad y del patriotismo con el ilustre difunto. Permitidnos pues, señor, mezclar nuestras lágrimas con las vuestras, pues en esta ocasión es digno llorar; perder semejante hombre cuando se atraviesa una crisis como la que aqueja á este país no es cosa que sucede con frecuencia en el mundo. La patria lamenta la pérdida de un padre, pero ya que el Supremo Arbitro de los destinos humanos ha tenido á bien lla-

mar á si á nuestro bienhechor; solo nos resta someternos á los decretos de la Divina Providencia.

»Poseídos de patriótico orgullo hemos recordado la vida de Washington, comparándole con los hombres notables de otros países, pero todos nos parecen mas inferiores, y su fama será tan imperecedera como brillante. Los trastornadores de las naciones se humillaron avergonzados ante la magestad de las virtudes de aquel que reprobaba la intemperancia de su ambición, eclipsando el esplendor de la victoria. No tememos que nada manche la gloria del ilustre difunto; ha llegado al término de su carrera después de alcanzar cuantos honores es dable apetecer, y ni los tiros de la maledicencia ni los de la envidia podrán disminuir en nada el brillo de su fama imperecedera. Favorecido por el cielo, ha exhalado el último aliento sin dar muestras de la debilidad humana, y al mostrarse magnánimo en la muerte, la oscuridad de la tumba no ocultará nunca el esplendor de su gloria.

»Tales eran las cualidades de aquel á quien lloramos, pero el recuerdo de Washington vivirá eternamente en la tierra aun cuando su alma se haya elevado hasta el trono de Dios.

»Todos sus conciudadanos rendirán un tributo á la memoria del general heróico, del eminente patricio y del virtuoso sabio, y enseñarán á sus hijos á no olvidar nunca que el fruto de sus trabajos y su ejemplo son su única herencia.»

El mismo día contestó el Presidente al Senado con la siguiente carta:

«Recibo con el mayor afecto vuestra atenta y sentida misiva en la que me manifestais cuan profundo sentimiento os ha causado la pérdida que acaba de experimentar nuestro país con la muerte de su mas querido y respetable ciudadano.



»Entre los numerosos recuerdos que se agolpan á mi memoria al pensar en este triste acontecimiento, me limitaré á decirlos que yo conocia á nuestro querido Washington en los dias de adversidad y cuando mas rudas pruebas tuvo que sufrir; tambien seguí tratándole cuando llegó al elevado puesto que ocupaba en una época mas próspera y feliz, y siempre me admiró su sabiduría, su moderacion y su constancia.

»Cuando se formó aquella memorable *liga de este continente en 1774*, para dar á conocer la SOBERANA VOLUNTAD DE UNA NACION LIBRE EN AMÉRICA, él fué el único que permaneció en el Gobierno general. Aunque he llegado á la edad en que él creyó necesario retirarse de la vida pública, y aun cuando me hallo solo en el mundo, por haber perdido mi último hermano, siento un consuelo al ver que todos se hallan dispuestos á mezclar sus tristezas con la mia por este doloroso acontecimiento.

»La vida de nuestro Washington no puede compararse con la de ningun hombre notable por mucha que fuera su fama; los atributos de la *soberania* solo hubieran servido para eclipsar la magestad de esas virtudes que le convirtieron de modesto ciudadano en esplendente luminaria. Acaso la desgracia, si hubiera vivido mas tiempo, habria manchado su gloria, aunque solo para esos hombres superficiales, que figurándose que el renombre solo se adquiere cuando le favorece á uno la fortuna, nunca se hacen dignos de adquirirla, pero la *malicia* no podia atentar contra su honra, ni llegado nunca hasta él los tiros de la envidia. Nuestro querido Washington ha vivido lo bastante para cubrirse de gloria, nuestros conciudadanos no obstante, hubieran deseado que fuese inmortal; para mí, su pérdida es irreparable en estos momentos, pero debemos acatar humilde-

mente y con *tranquila resignacion* los decretos de la divina Providencia.

»La vida de nuestro difunto amigo ha sido ejemplar, y servirá de modelo, de sabiduría y virtudes no solo á los ciudadanos de la edad presente, sino tambien á los de las generaciones futuras. Si para Trajano hubo un Plinio, un Marco Aurelio no dejará de encontrar biógrafos é historiadores.»

El Comité de ambas Cámaras nombrado para proponer las medidas mas convenientes para honrar la memoria de Washington y expresar el profundo sentimiento de la nacion, presentó el 23 su informe proponiendo lo siguiente:

«*El Senado y la Cámara de representantes de los Estados-Unidos de América en el Congreso reunido; acordamos: que se eleve un monumento de mármol á espensas de los Estados-Unidos en el Capitolio de la ciudad de Washington, y que se pida á su familia permiso para depositar en él los restos mortales del finado, debiendo conmemorarse en dicho monumento los principales sucesos de la vida militar y política de tan eminente patriota.*»

»*Acordamos, que salga del edificio del Congreso una procesion fúnebre, que deberá dirigirse á la iglesia Alemana Luterana, para honrar la memoria del GENERAL JORGE WASHINGTON, el jueves 26 del corriente, y que se prepare una oracion fúnebre que ha de entregarse á las Cámaras en dicho dia. El Presidente del Senado y el orador de la Cámara de Representantes, se servirán encargar á un miembro del Congreso que redacte dicha oracion.*»

»*Acordamos, que se recomiende á los ciudadanos de los Estados-Unidos que se pongan en el brazo izquierdo, en señal de luto, una gasa negra que deberán llevar por espacio de treinta dias.*»

»*Acordamos, que se recomiende al Presidente de los Estados-Unidos, remita una copia de las presentes resoluciones á la señora de Washington, en prueba del profundo respeto que la profesa el Congreso y de su sentimiento por la dolorosa pérdida que acaba de experimentar. Así mismo se la pedirá permiso para trasladar los restos mortales del GENERAL JORGE WASHINGTON al monumento que debe elevarse á su memoria.*»

»*Acordamos por último, que se recomiende al Presidente de los Estados-Unidos que publique un manifiesto, notificando al pueblo nuestro tercer acuerdo y encareciéndole su cumplimiento.*»

A la carta del Presidente Adams, por la que se comunicaban á la señora del general Washington los acuerdos del Congreso, pidiendo permiso para trasladar los restos mortales de su esposo al monumento de mármol que debía erigirse en la ciudad de Washington, contestó aquella señora á principios de enero en un estilo muy parecido al que usaba su esposo: Hé aqui el contenido de la carta: «Aleccionada por el gran modelo que siempre tuve á la vista, comprendo que no debo anteponer mis deseos á la voluntad pública. Accedo por lo tanto á la peticion del Congreso, que habeis tenido la bondad de trasmitirme, y al hacerlo así, no es necesario, ni puedo decir tampoco, cuán inmenso es mi sacrificio al cumplir con los deberes que me impone la nacion (\*).»

(\*) Hé aqui lo que dice Marshall sobre esto. «El monumento sin embargo no llegó á erigirse: para los que condenaban la política de la administracion de Washington, no podia ser agradable que se conmemorasen los grandes acontecimientos de la vida militar y política del ilustre finado. La proposicion se aprobó, es cierto, pero no sin ser muy combatida. El partido que por tanto tiempo constituyera la oposicion, y que aunque en minoria entonces, dividia casi la Cámara de Representantes, declaró que era preferible la estatua ecuestre votada por el Congreso al terminarse la guerra. Entre el número de votos para la estatua y para

Las ceremonias que precedieron á los funerales de Washington, fueron solemnes é imponentes: en cumplimiento de lo acordado salió del edificio del Congreso una procesion compuesta de los miembros de ambas Cámaras, los funcionarios públicos y un numeroso acompañamiento de ciudadanos, dirigiéndose á la iglesia Alemana Luterana, donde el general Enrique Lee pronunció un discurso adecuado á las circunstancias, y del cual creemos oportuno reproducir uno ó dos párrafos.

«¿Cómo podré enumeraros, amigos míos, sus apreciables cualidades? ¿Cómo espesaros la nobleza de sus sentimientos? ¿Hablaré de sus hechos de armas, ó quereis que recuerde los eminentes servicios que prestó á su pais? ¿Quereis acompañarme á las orillas del Monongahela para ver á nuestro jóven Washington sosteniendo en sus brazos al moribundo Braddock despues de la funesta victoria de los indios, y salvando por su prudencia y valor los dispersos restos del ejército á quien perseguia el enemigo con salvaje encarnizamiento? ¿Quereis que os le presente cuando la oprimida América, resolviéndose á perder noblemente todo cuanto tenia en defensa de sus derechos, pidió al Congreso que le nombrara jefe de nuestros ejércitos? ¿Quereis seguirle á los alrededores de Boston donde convirtió en ejército aguerrido á una juventud indisciplinada, infundiéndola un noble valor para defender á

el monumento, habia tan poca diferencia, que se terminó la legislatura sin resolver ni una cosa ni otra. El sentimiento público fué debilitándose poco á poco, y los que volvieron á recobrar su ascendiente sobre el pueblo, influyeron contra los hombres que deseaban se erigiese el monumento, haciendo ver que semejante medida no conducia mas que á gastar dinero inútilmente, y que el monumento mas meritorio para honrar la memoria de un ciudadano, era el afecto público. Llegó el caso de que á todo aquel que emitiese la opinion contraria, se le tildara de anti-republicano.» *Vida de Washington*, vol. II, pág. 444.



su patria, ó quereis que os conduzca á Long-Island, York-Island y á Nueva-Jersey, donde venciendo á un valeroso ejército de fuerzas superiores, auxiliado por poderosas flotas, y á las órdenes de renombrados jefes, fué el baluarte de nuestra salvacion, sin que luego se abatiera por los desastres ó por los rigores de la suerte? ¿Quereis que le sigamos al sombrío campamento de Trenton para verle impasible y sereno en medio de sus abatidos soldados? Terrible fué aquella noche; era llegado el invierno; rugia la tempestad; las ondas del Delaware, revolviéndose furiosas, batian las orillas, impidiendo que nadie se acercara; pero Washington, sin inmutarse ante el furor de los elementos, solo pensó en su pais, y despreciando los peligros, lanzóse á la orilla opuesta, luchó y venció. El sol volvió á lucir para América; todos cobraron ánimo, y el valeroso jefe, completó en las llanuras de Princeton la grande obra que su alma generosa habia proyectado en las orillas del Delaware.

»Después de esto, dirigióse á Morristown con su escaso pero valiente ejército, y aunque en el rigor del invierno, merced al esfuerzo de su genio, tuvo en jaque á formidables legiones extranjeras conducidas por un jefe tan experimentado en la guerra como famoso por su valor, de que dió repetidas pruebas en las memorables Alturas de Abraham, donde Wolfe, Montcalm y Montgomery cayeron cubiertos de gloria. Animados por el ejemplo de tan valeroso jefe, nuestros padres se alistaron presurosos bajo sus banderas victoriosas, compartiendo con él todas las fatigas de la guerra que sostuvo nuestro pais.

»¿Quién de vosotros habrá olvidado los valles de Brandywine, los campos de Germantown ó las llanuras de Monmouth? ¿Será

preciso que os recuerde la generosidad de su alma, repitiendo los elogios que se hicieron del héroe de Saratoga y de su compañero de armas en las Carolinas? No; nuestro Washington, á nadie tiene que envidiar su gloria; él aplaudió como todos á Gates y á Greene en recompensa de su eminente mérito, y quiera el cielo que los jefes de Saratoga y Eutaw vivan siempre en el recuerdo de sus conciudadanos.

»Girando en su propia órbita, comunicó calor y luz á sus mas distantes satélites, y combinando la fuerza física con la moral, con irresistible impulso, continuó su marcha compadeciéndose de la locura, despreciando el vicio y ahuyentando la traicion, hasta que llegó la hora deseada en que uniéndose con las intrépidas huestes de una nacion poderosa y magnánima, logró someter al enemigo comun, terminando de este modo su larga carrera militar, de la que se retiró cubierto de gloria.

»EL PRIMERO EN LA GUERRA, EL PRIMERO EN LA PAZ, Y EL MAS QUERIDO DE SUS CONCIUDADANOS, no tuvo tampoco igual por su humildad en la vida privada; piadoso, justo, humano, sincero, noble y digno, edificaba con su ejemplo á todos cuantos le conocian y le trataban.

»Era condescendiente con sus iguales, amable con sus inferiores, y trataba con la mas afectuosa ternura á toda su familia; su rectitud de carácter, su desprecio á los vicios y la pureza de sus pensamientos, le convertian en un modelo de virtudes.

»La última escena de su vida, probó la grandeza de su alma: aunque sufría acerbos dolores, no exhaló ni un suspiro ni una queja, y sereno y tranquilo, entregó su alma á Dios con paciente resignacion. ¡Tal era el hombre que ha perdido América!

¡Tal era el hombre por quien llevamos luto y por quien llora la nacion entera!»

Desde un extremo á otro de la Union, todo el pueblo vistió de luto en prueba de su profundo sentimiento por la muerte de su querido Washington. Oradores, predicadores, periodistas, todos, en fin, los que podian hablar ó escribir, contestaron á la voz del pais, consagrando su talento á conmemorar el triste suceso y honrar la memoria del eminente Jorge Washington. Estaba escrito en el libro del destino, que con el siglo terminaria su gloriosa carrera en el mundo el mas notable patriota y eminente ciudadano conocido hasta entonces, y estaba dispuesto tambien que otro ocupara su puesto ansiando seguir su ejemplo, no solo para bien de sus conciudadanos, sino para el de todos los pueblos.

Al tratar de describir en nuestro estilo el carácter y cualidades de Washington, parecenos pobre nuestro lenguaje para rendir este último tributo de cariño y respeto al que millones de americanos consideraban como el padre de la patria. Los mas esclarecidos patriotas, los mas célebres oradores, y los mas eminentes hombres de Estado, han hecho lo posible para bosquejar el retrato de Washington; Juan Marshall, Fisher Ames, David Ramsay, Jared Sparks, Daniel Webster, Juan M. Mason, J. K. Paulding, Eduardo Everett, Washington Irving y otros semejantes, han apurado la elocuencia de su lenguaje para rendir un tributo de cariño á la memoria de Washington, y tanto en nuestro pais como fuera de él, se han repetido los elogios de admiracion, narrándose la vida de Washington y analizando su carácter y sus actos con una precision y exactitud dignas de aplauso (\*). Seria pues inútil, y acaso una

(\*) Al fin del presente capítulo reproducimos los apuntes sobre la vida de Washington, por Marshall; un admira-

presuncion de nuestra parte, decir algo sobre un asunto de que tanto han hablado otros mucho mejor de lo que á nosotros nos seria posible hacerlo, y por lo tanto, lejos de emprender semejante tarea, y en obsequio del lector reproduciremos los *Estudios*, de Enrique T. Tuckerman, persona que á ninguno cede la palma como biógrafo crítico.

Prévio el permiso de Mr. Tuckerman, podemos hacer un ligero extracto de su notable análisis que bosqueja perfectamente la vida y carácter del esclarecido patriota.

«La memoria de Washington debe ser querida para su patria y escitar justamente el orgullo nacional, y tanto el artista como el autor no podrian pensar en aquel gran hombre sin sentirse poseidos de profundo respeto y admiracion; desvirtuar sus cualidades y su mérito, no solo es injuriar su memoria, sino ofender tambien á sus campatriotas.

El jóven Virginio se educó impensadamente de la manera que mas convenia para seguir la carrera militar; adquirió práctica en la topografía, é hizo en ella, como en otros estudios, los mas rápidos progresos merced á su constante aplicacion; familiarizóse con la fatiga, con los viajes á pié y á caballo, atravesando corrientes, bosques, montañas y pantanos, y se habituó en fin á toda clase de molestias y privaciones. Esto desarrolló naturalmente sus facultades físicas é intelectuales, y le hizo conocer perfectamente las condiciones de su pais; gustábanle las carreras á caballo, la vida al aire libre, la equitacion, la caza y el manejo de las armas, y á todas estas circunstancias debemos atribuir seguramente el precoz desarrollo de la naturaleza de Washington.

ble artículo publicado en un periódico de Londres en enero de 1800, y un extracto de la Oracion Fúnebre escrita por el Dr. J. Mason, entregada en 22 de febrero de 1800. Véase las *Obras del Dr. Juan M. Mason*, vol. iv, págs. 477-96.